

# El amor de los perros (primeros 3 capítulos)

Pedro César Castillo Quiñones



# Capítulo 1

*"El dolor es para la humanidad un tirano*

*Más terrible que la misma muerte".*

Albert Schweitzer

I

- Este tiene que morir

Son las gélidas palabras que zumban y penetra a las pobres almas que agonizan bajo los húmedos techos, los que duermen sin soñar con una mejor vida, los que dejan caer su fofo cuerpo en las manchas de sangre que adornan el recinto, los que han adoptado el dolor y lo han hecho propio, los que padecen enfermedades, penas y castigos; son todos ellos los que esperan el diagnóstico del médico en turno, a los que todavía no les confirman si morirán o ya están muertos.

Por el corredor, las paredes y los techos, por los barrotes que separa a los hermanos que llegaron juntos y luego fueron separados, por entre las bombillas, que con su funesta luz alumbra las tinieblas y el negro abismo de los infelices, por toda la zahúrda retumba el estruendoso lamento, la queja con llanto, el miedo a que penetren las heridas y descubran a un ser frágil, tembloroso, sin vigor. El coro de aullidos es la perenne canción, la interminable sinfonía que tortura día y noche.

Mientras los apocados cantaban su desafinada melodía, las puertas del fondo se abrieron. Un grupo de personas entró cargando a un nuevo huésped, un bulto más que iba dejando tras de sí un camino de sangre. Estas personas decidieron colocarlo en la celda número 20.

Cuando se retiraron dichos sujetos, y el candado volvía a su puesto, todos los que habitábamos en la celda número veinte observamos al nuevo compañero que se nos unía en la desgracia. Era inevitable apartarle la vista al pobre; aquel llevaba las patas traseras destrozadas, envueltas en vendas rojas y gazas que absorbían la sangre. Aquel era más un fuente de sangre que cualquier otra cosa. Al principio ninguno de nosotros se animó a hablarle, pero después de unos minutos de incómodo silencio, Aguacate, que era un experto en romper el hielo y las tensiones, se acercó a decirle unas palabras.

- ¡Hey! Bienvenido al club. Eres el miembro más reciente, felicidades. – El nuevo miró a Aguacate y guardó silencio. – Bueno...

¿Tienes nombre, algún apodo?

Parecía que no iba a hablar, es como si ya hubiese aceptado de antemano que este mórbido lugar es su mausoleo, el sitio donde su cuerpo por fin descansará, huyendo de cualquier aflicción. Aguacate se resignó a sacarle alguna palabra o gemido, dio media vuelta y regresó a la esquina que apeataba a orines.

- Si combináramos a éste y a Chabacano, tendríamos a un perro completamente sano. A éste le faltan las patas de atrás, y al otro imbécil le faltan las patas delanteras. Ja, ja, ja. – Entonces Cilantro sacó una enorme carcajada mientras los demás lo mirábamos, ignorando el pésimo chiste que había contado.

- Ignora a este pelado. Como podrás notar, tiene un humor de perro<sup>1</sup>. – le dije para que no se sintiera mal y agarrara confianza entre nosotros, sin embargo, no hizo movimiento alguno, ni ladró, ni se dignó a mirarme.

- Ninguno de ustedes aguanta nada. He vivido al filo de la ruina, sino es que he estado sumergido en ella, la vida intentó aniquilarme... la sensación de que absolutamente todo ha terminado, que todo el mundo te ve moribundo y aun así eres ignorado. No siento pena por lo que digo, o lo que hago. Las acciones que realizo ahora no pueden tener peores consecuencias que las que hice ayer.

Poco a poco el sol fue ocultándose, permitiendo que la negra noche visitara nuestras tumbas. El sonido desgarrador de las voces tristes se apagó, ya sólo se apreciaba la raquítica exhalación de las ánimas. Todos nos hayamos en un estado de resiliencia, en una vehemente lucha por darnos paso a la vida.

Del otro lado del pasillo comienzan sonar murmullos que despiertan a los demás.

- ¡Dejen dormir! – comienza un alboroto y todos gritan “Dejen de molestar”. - ¿Quién es el que hace tanto ruido? – alguien preguntó desde el extremo izquierdo del corredor.

Entonces una voz suave, meliflua, habló desde el punto medio de la caponera<sup>2</sup>, habló con un tono que no quiero dejar de recordar.

- Por favor no se enojen conmigo. No soy yo quien los ha perturbado y privado del sueño, sino que es mi estómago que se abstiene a dejar de comer. Y les pido que no lo juzguen antes de tiempo, porque les aseguro, que no es el único famélico entre nosotros. – después de hablar se volvió a confundir entre las sombras de su mazmorra. Todos callaron, el silencio volvió a nacer, interrumpido sólo por los espontáneos graznidos de los

estómagos.

La curiosidad me invadió, no pude resistir en preguntarle a Almendra quién era la dueña de esa inolvidable voz. Almendra se levantó y dio inicio a la historia que le pedí. Charlaba conmigo, pero todos los que estábamos en la jaula número 20 podíamos oír con claridad las palabras que Almendra decía.

Se llama Acelga, es ella a quien le pertenece la voz que me cautivó. Al parecer no tiene una historia tan diferente a la de todos nosotros. Acelga y su hermana Espinaca fueron abandonadas en la ciudad de Cuernavaca. Con escasos años de haber conocido los grandes placeres de la vida, en un día cualquiera, su sólido mundo fragmentó en mil pedazos. Fueron puestas en la cruel y violenta banquetta, abandonadas a su suerte, juntas recorrieron la ciudad de la eterna primavera, durmiendo sin la protección de un techo, comiendo los residuos que hallaban en los basureros. Se cuidaban mutuamente de los beduinos agresores que vivían en las mismas calles, sentían temor por esas extrañas criaturas que se camuflan en las tétricas y melancólicas cajas de cartón.

Espinaca era de menor edad. Siempre se encontraba resguardada entre las faldas de Acelga. En la ruta por encontrar una mejor vida se toparon con calamidades que demuestran lo más hediondo de este mundo. Espinaca fue acorralada por una jauría de salvajes; indefensa ante ellos, no tuvo más opción que la de postergarse ante aquellos bravos machos, que la mordían y la devoraban, la cogían y arrastraban como si fuese un trapo. Limpiaban sus huellas con la sangre que derramaba. Acelga la había descuidado sólo por unos minutos, la dejó por ir a buscar una fuente de agua, algo que pudieran comer para sobrevivir una día más. Cuando la encontró, la manada de feroces perros ya se había retirado, y lo único de lo que se sintió capaz de hacer fue consolar su inimaginable dolor. Habían desfigurado su rostro, algunos dientes le tumbaron, su vagina fue penetrada por cada uno de los desgraciados. La habían dejado moribunda, con las patas lastimadas y con el ojo parcialmente arrancado.

Acelga cuidó de su pequeña hermana; miró tantas veces el crepúsculo y jamás confirmó una mejoría. Nadie sabe con seguridad como logró Acelga traer a su moribunda hermana aún con vida, pero ese día, cuando Acelga creyó haber dado con el lugar que tanto le prometió a Espinaca, en una prolongada noche de sufrimiento, Espinaca la dejaría completamente sola. En fuertes llantos la abrazó, le lamía su desfigurado rostro, le gritaba "deja de dormir, despierta, no ves que ya está puesta la mesa, allí están tus platillos favoritos. ¿Acaso no los hueles? No me dejes enfrentarme sola a este asqueroso y repulsivo mundo. Tenemos que vivir, aún podemos hacerlo, tienes que ser más fuerte que aquellos que únicamente quieren arrebatarte la belleza a este mundo.

Después de ese día, Acelga tomo una postura huraña, desconfiaba de todos. Dejó borrar de su memoria lo que es el amor. Ya no juega como antes, es obvio que extraña a su hermana. Muchos le dicen que su hermana está con ella, pero no está muy convencida de ello, tiene muchas dudas respecto a eso.

Almendra respiró hondamente, creo que todos lo hicimos. Concluyó su narración y se echó al suelo, acomodándose entre sus patas. Entonces se puso a dormir. A todos les vi caer una lágrima, inclusive a Cilantro, que tanto habla de su miserable vida.

Horas antes de que yo también fuese víctima del sueño, entró una persona y llenó los platos de comida para que cenáramos. La mayoría no podía comer, no tenían fuerzas ni para levantarse.

## Capítulo 2

### II

Cuando desperté, lo primero que mis ojos vieron fue a Aguacate contemplando la hermosa aurora, su mirada se perdía en aquellos tonos rosados que pinta el cielo.

- Es un lindo olio el cielo. ¡Qué colores! Desearía estar afuera corriendo en el pasto, sentarme tranquilo y admirar el alba; que sin demora nos va iluminado, subiendo lentamente sobre nosotros, empezando en nuestras patitas congeladas, y terminando en nuestros hocicos entumidos por el frío. – Por un lapso corto se quedó perplejo, sin apartar la vista a la bóveda celeste –Buenos días, por cierto.

Al igual que la noche anterior, entraron otros hombres a rellenar nuestros platos a medio terminar. Nos daban una insípida comida, si es que esa cosa llega al grado de llamarse “comida”. Es una especie de pasta gris, un revoltijo de porquerías que preparan. Me han contado que los que morimos aquí terminamos cocinados en esa masa. Algunos cuentan que se han atragantado con trozos de uñas, huesos mal molidos, dientes e incluso con el pelaje que le pertenecía al cadáver. Uno de los perros que habita en la bohardilla número 3, cuyo nombre es Azúcar, dijo que por estar ingiriendo trozos de carne cruda le dio una infección en la mandíbula. La piel que cubría sus encías desapareció por completo. Estas personas lo operaron 3 veces de sus fauces porque decían que Azúcar tenía un talento natural para las peleas, y que no se podían dar el lujo de que su mejor peleador perdiera su mejor atributo; se decían entre dientes que si Azúcar no salía bien del quirófano lo tendrían que asesinar, al igual que a los otros inútiles.

No sabría decir si lo que se rumora es verdad, pero por lo menos, yo no he tenido el desagrado de encontrar en mi plato algún hueso u órgano.

- Oye Cilantro ¿Tú crees que en verdad nos obliguen a comer la carne cruda de nuestros amigos? - Cuando le hablé lo desperté.

- Ja, ja, –soltó una risa adormilada – me sorprende tu ignorancia. ¿Eres estúpido o algo similar? Lo que nosotros comemos es diferente a lo que comen en las otras celdas. Hay perros que los entrenan para pelear entre sí. Forman perros de batalla, los obligan a no saborear la sangre ni la carne cruda, sólo a desmembrarla. ¿Se nota que tú jamás has deleitado el sabor de la sangre ajena?

- ¿Y tú sí?

- ...

Cilantro se dirigió al plato recién servido.

- Si no sabes lo que ladras te suplico que te calles. Sino pediré que te pongan un bozal para que así dejes de estar fregando.

- No tienes que ocultar tus verdaderos sentimientos con tu rudeza Cilantro.

- ¡Que te calles! ¡Qué chingados! ¡¿Eres pendejo?! Con mis verdaderos sentimientos te quitaré esa dentadura si no cierras el puto hocico.

Sabía que tenía que dejar en paz a Cilantro, si de por sí es malhumorado, con la panza vacía lo es aún más.

Los rayos de luz se filtraban por las diminutas ventanillas que ventilaban el hedor de nuestras heces y orines. A pesar de que limpiaban nuestros deshechos diarios, el olor se quedaba impregnado por los suelos.

- Verán que, a pesar de que ahorita esté el sol, en un rato lloverá a cántaros. Así que habrá que pensar como pasar el rato mientras el cielo se cae. – Raviola daba por cierto que caería un diluvio.

- ¿Qué te hace sospechar eso? – le contestaba Almendra.

- Podré estar ciega, quizá esté privada de ver el azul del cielo; pero tengo el presentimiento de que el cielo se desgarrará.

- ¡Eres una pinche cegatona! – alzaba la voz Cilantro - ¿Cómo puedes presentir eso? Es imposible. Si tan buena eres adivinando las cosas ¿saldré vivo de aquí?

- Tú que siempre tomas el cielo con las manos<sup>1</sup>, algún día esa boca que tienes, que tanto te hace hablar, también será la causante de que te callen para siempre. – le contestaba Raviola, intentando no perder sus modales.

- Para ese entonces ya habré conquistado el cielo<sup>2</sup>. – Contestaba Cilantro más alterado.

Raviola ya no quiso contestarle nada a Cilantro. Prefirió mantenerse serena, sin agitarse por discusiones sin sentido.

- ¿Siempre discuten tan temprano? – habló el nuevo.

- No, usualmente lo hacemos al medio día, pero ahorita quisimos adelantar un poco el asunto. – contestaba Raviola. – Por cierto ¿alguien podría decirme que tan apuesto es el nuevo? Ja, ja, ja.

Incontinenti al pleito provocado por Cilantro, en una de las jaulas contiguas a la nuestra, un bullicio daba a entender el principio de una disputa. La trifulca se originó por un mal entendido en las porciones de la comida. Uno de los canes afirmaba que su compañera le había robado el trozo de comida que le correspondía. Gelatina es el nombre de la perra acusada por tal delito.

De origen guerrerense es; de la sierra es natal, creció, se fortaleció, se nutrió de la región de la tierra caliente. Cuando los huracanes Ingrid y Manuela afectaron al Estado, ella fue una de las tantas damnificadas, un porcentaje más de las estadísticas de los dañados. Fue a partir de allí cuando la dicha le cerró las puertas y ventanas.

El destino injusto le apartó de sus seres queridos cuando uno de los ríos desbordó. Todo lo arrastró, todo fue derribado por las crecientes aguas del río. Aquellas mortíferas y raudas corrientes la engancharon, se la llevaron cuesta abajo en una exasperante lucha por sobrevivir. Patada tras patada, gemido tras gemido, su esfuerzo no era nada a comparación de la capacidad que poseía el río para desplazarla por sus inestables caminos. Sabrá Dios cómo es que llegó a vivir, pero lo que prosiguió no fue un campo de rosas o una ligera brisa, sino un largo periodo de hambruna. Una severa desnutrición la invadió, encaminándola en los corredores del purgatorio. Fue una etapa de miedo, soledad absoluta, un periodo donde nadie le amparó cuando más lo necesitaba. Muchas veces me he preguntado si a lo que tanto le temía era al hecho de morir o a la acción de estar muriendo. Me acongoja, me aflige el corazón las historias como las que vivió Gelatina; "Dolor de corazón", hay una palabra exacta para ese sentimiento..."cordojo".

La magra perra que reclamaba el hurto de su alimento se llama Granada. Ella fue atropellada y sufrió un traumatismo en la cabeza. Nadie le dirige la palabra a Granada. Los chismes dicen que perdió un tornillo<sup>3</sup> con el madrazo que le pusieron.

Granada puso contra las lonas a Gelatina. La tenía intimidada en el rincón; empezó amenazándola con herirla gravemente, "entre tus patas ocultas lo que es mío, más te vale regresármelo" vociferaba.

Los espectadores no metían sus patas al fuego, a nadie le interesaba apagar la mecha del lío. La realidad que se vivía era todo lo opuesto. Entre dientes hacían apuestas, malditos juzgamundos pensaba. Todos son testigos de que ocurrirá algo y no van a evitarlo. Están tan acostumbrados a mirar para abajo, que prefieren ignorar lo ocurrido desviando la mirada a la nada, al sitio donde nada ocurre, donde nada

pasa>.

Gelatina era inocente, ella jamás toco la comida de Granada. Enmudeció, Granada empezó a contar hacia atrás, 3...2...1, sucedió lo inevitable. Granada desató su furia, su corazón, impulsado con bríos de venganza, sus patas, cual afiladas navajas, le quitaron un ojo a Gelatina. Granada enseñó los colmillos<sup>4</sup>, sus dientes puntiagudos, pulidos, mordaces, los encajó en el cuello. Hirientes dientes que rasgan al músculo, instrumento que le abre paso a la sangre para que pueda caer, sangre que escurre por el pescuezo a medio degollar. La ira de Granada incrementaba. Sacudía de derecha a izquierda el cuello de su víctima; nadie se atrevía a frenar su locura, la compasión no tiene significado en esta escena. < Esa perra tiene los colmillos retorcidos<sup>5</sup>>, pensaban los aficionados a la masacre. En un parpado contemplamos un homicidio; muchos quedaron perplejos, petrificados por el cuerpo decapitado que terminó arrumbado.

- ¡Qué suerte tienen al estar encerrados conmigo y no con esa maniática! – dijo Cilantro.

- ¿Qué acaso no sientes compasión? ¿No sientes lástima por lo que acabas de observar?

- Me lastima tu lástima, ja, ja, ja – de nuevo sacaba de sus pulmones su espantosa carcajada – Sí siento amnistía... pero no por ustedes, sino por ella. Perdono sus pecados, puede irse en paz; conmigo no carga ninguna responsabilidad.

Como era de esperarse, un grupo de humanos corrió al lugar de los hechos. < ¡Esta está bien pinche loca! Es una asesina natural, podría sernos útil> Entonces la embozaron; con garrotes que descargan fuertes golpes eléctrico la dominaron. Se la llevaron encadenada, dejando tras de sí un crimen inefable. Fue la última vez que la vimos. Un perro que se llama Helado me contó que la pusieron a pelear. En su debut la enfrentaron a otro que estaba igual de desquiciado. El final no fue remunerado para ella. Su adversario no tuvo piedad, la descuartizó en segundos. También me dijo que después de la contienda no quedó más opción que convertirla en carnitas para nosotros

## Capítulo 3

III

Después del show del que fuimos testigo perdí el apetito. Podía darme el lujo de no comer el manjar con el que nos nutren.

Un mutuo sentimiento de melancolía inundó las jaulas de los olvidados. Una espesa neblina los acobijó; se sentían cansados, débiles, con malestares físicos y mentales. Quizá, después de haber visto el fatídico espectáculo, sus espíritus se dieron por vencido. Quizá, entendieron que están condenados a vivir el resto de sus días en esta pocilga maloliente.

Unos cuantos tienen la idea de que ya fallecieron. Dicen que su sentencia fue aprobada; pasar la eternidad en el infierno.

Pienso que la verdad es que suplicarán por convertirse en cenizas. Rogarán por estar abrazados en las infernales llamas, y con sumisión pedirán ser enviados al quinto infierno<sup>1</sup>, al seno más alejado de este lugar.

Para otros, la interminable pesadilla que se burla de ellos es que jamás morirán, están obligados a una vida sempiterna, a un castigo perenne.

Siento que damos el último hálito. Dejamos caer los cansados párpados que permanecieron abiertos en la exhausta espera de un nuevo amanecer.

Hubo ocasiones en que soñé con ser libre; este averno no era más que una ilusión, un triste engaño de los sentidos. No me preocupaba la comida, no vivía en carestía. Existía una esperanza, una atractiva oportunidad de remediar los errores. En los sueños no era esclavo. No le debía nada a nadie, no tenía preocupaciones porque todo tenía solución, no padecía maltrato ni abandono. Lo más bello era que las despóticas épocas de malaria habían llegado a su fin. ¡Qué vergonzoso es soñar! Durante años, el hambre y la sarna fueron mi pan de cada día<sup>3</sup>; los gusanos, haciendo partuzas en mi piel, plantaban sus huevecillos. Recuerdo como las larvas se deslizaban por mi pútrido pellejo. Al borde de mi existencia, justo cuando creí que ya nada tenía remedio, fui rescatado por un niño. Él mismo me dio un baño caliente, sanó mis yagas con cataplasmas para una curación eficaz. Me ofreció un refugio, un segundo chance de vivir. En este momento creí que la bondad era verdad. ¡Qué estúpido fui! Cuando las heridas que atormentaban mi cuerpo se recuperaron, y ya de nueva cuenta volvía a caminar sin tambalearme, me vendió a unos extraños. Lo último que puedo decir es que después de

haberme vendido me trajeron aquí. ¿Fui ingrato con él? ¿Qué me dice que no lo tenía planeado?